



El premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja -(Madrid, 1620), de Jacinto de Espinel Adorno-; la experiencia del más allá

Cristina Castillo Martínez

Universidad de Jaén

De entre los muchos libros de pastores que están sin estudiar -e incluso sin editar modernamente- merece una especial atención el que lleva por título *El premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja*, aparecido en Madrid en 1620, a cargo de Jacinto de Espinel Adorno¹. Los escasos datos que poseemos acerca de su identidad no van más allá de su indudable parentesco con Vicente de Espinel, de quien fue sobrino², y a quien rinde homenaje en este libro de pastores, haciendo que los propios protagonistas discutan sobre el origen de las décimas o espinelas de las que fue creador³. A pesar de las nebulosas que planean sobre este autor, sí sabemos, en cambio, que ésta, aunque la primera⁴, no fue su única obra; fue responsable, además, de un libro de índole muy diferente titulado *Descendencia ilustre de don Iñigo Manrique de Lara, alcaide de las fuerças y castillos de la ciudad de Málaga* (Málaga, 1626). A parte de esto, nada más conocemos de Espinel Adorno (López Estrada 2001: 173-175).

Cuando su primera obra, *El premio de la constancia*, fue dada a las prensas, ya hacía muchos años que el género de los libros de pastores había echado a andar y, por entonces, los más de quince títulos que nos consta que se editaron y reeditaron habían planteado a los gustosos lectores argumentos semejantes a los de las novelas de origen, pero también habían replanteado algunos de sus esquemas, aprovechándose de material

procedente de otras modalidades genéricas y en función del supuesto carácter cambiante del público barroco. No es baladí, a la hora de entender *El premio de la constancia*, que en este punto de desarrollo del género, en ese primer cuarto del siglo XVII, escribiera Jacinto de Espinel la que habría de ser su primera obra. Por eso no nos extraña encontrar, junto a un argumento propiamente pastoril -con el usual discurso acerca del amor, las varias referencias mitológicas tan acordes con este mundo-, dos cuentos de tono popular, y un episodio intercalado de una extensión considerable -protagonizado por un personaje que no es pastor-, en el que aparecen los motivos del *Descensus ad inferos*, el viaje por los aires, el moro encantado y otras aventuras que conectan con diferentes tradiciones. Por un lado, la culta de los libros de caballerías, de la novela corta (mal llamada novela cortesana) o de la literatura morisca (no tanto la de novelas como el *Abencerraje* como la de episodios en los que lo mágico y lo morisco se aúnan); y, por otro, la popular a través de leyendas y creencias ampliamente difundidas durante el Siglo de Oro, algunas de ellas vigentes incluso en la actualidad.

Es precisamente lo menos pastoril de esta obra lo que ha merecido mi atención. Entreverada en la historia de los pastores aparece, para sorpresa del lector del siglo XXI, y supuestamente mucho más para el lector contemporáneo, un relato plagado de elementos populares. Los pastores entretenidos en sus problemas de amor, se encuentran con el triste Arsindo que no tarda en contarles su historia. Originario de Manilva (Málaga) acude a Munda (actual Monda, en la misma ciudad andaluza) para cumplir su deseo de aprender a leer y escribir. Un día, a la salida de la escuela y en compañía de un mancebo llamado don Diego Varona Aranda (personaje real, regidor perpetuo de la ciudad de Ronda) acude a visitar un edificio suntuoso conocido con el nombre de «La Mina», al que se accede, para su sorpresa, descendiendo 366 escalones. Nada sucede fuera de lo normal, hasta que al salir, Arsindo escucha una voz que le pide que regrese solo al día siguiente. Así lo hace. Desciende, de nuevo, los escalones y un moro, que hace las veces de guía, le conduce hasta la presencia de Zelimo, rey moro encantado por un morabito mágico. Una serie de pruebas demuestran que esta aventura sólo a Arsindo está destinada. Él es el elegido para desencantarlo. Para ello tiene que acudir al monte Calpe a media noche, de donde cogerá una piedra redonda y nueve plantas. Estos dos objetos le permitirán llegar hasta el nacimiento del río Guadalivín, quien le entregará las llaves que abren los cerrojos que tienen encadenado al rey Zelimo. Arsindo lo consigue, pero queda triste porque, en esta empresa, se ve separado de la pastora a la que ama. Una espesa niebla cae sobre el lugar en el que se encuentra Arsindo y se lo lleva por el aire, atravesando el mar hasta la presencia del morabito que, en recompensa, le conduce junto a su amada Celia y le entrega un buen pellizco de las muchas riquezas encerradas en La Mina.

El relato de este episodio no tiene ningún desperdicio. Lo primero que llama la atención es su inserción en un libro que se puede considerar, sin lugar a dudas, de pastores y, además, como si se tratara de un episodio intercalado, a la manera de los incluidos por Cervantes en *El Quijote*, pues existe también ese cambio de narrador y cambio de foco de la acción tan característico en la obra del alcañino. Arsindo, ese personaje con el que se topan los pastores, será el protagonista y narrador de esta historia que ocupa una considerable parte de la obra y que es contada en diferentes momentos a lo largo de los cuatro libros en los que se divide, alternándose con los hechos propiamente pastoriles. Los pastores se convierten en protagonistas pasivos, en meros oyentes de lo que se está contando, con lo que lo pastoril cede protagonismo, durante el relato, a una temática que se mueve entre lo morisco y lo mágico.

La experiencia del Más Allá

La historia contada y vivida por Arsindo tiene vinculación con variadas tradiciones. En primer lugar, es innegable su relación con los innumerables *descensus ab inferos* relatados en la literatura occidental (y, por supuesto, también en la oriental) en el doble eje temporal y espacial que va desde la mitología con el descenso a los infiernos de Orfeo en busca de su mujer Eurídice, a los accesos al submundo tan frecuentes en los libros de caballerías⁵ (un claro ejemplo lo tenemos en el prólogo del *Olivante de Laura*, en la excusa misma de su relato, cuando un personaje innominado, tras adentrarse en las profundidades de una gruta, le entregan el libro de las hazañas del famoso caballero⁶), o en los poemas de épica culta del Siglo de Oro (Wentzlaff-Eggebert 2001); y se propaga, además, en cuentos tradicionales o leyendas todavía vivas en el folclore actual. Sin contar con que en la mitología y rituales chamánicos también se dan los descensos a los infiernos con todas estas características (Eliade 2001).

Esos viajes, tan abundantes en la literatura culta y en la popular, han creado tanta fascinación debido, sobre todo, a sus implicaciones culturales e incluso religiosas. La identificación del descenso como camino que conduce al infierno viene alentada por la religión, que lo sitúa en las entrañas de la tierra por contraposición al cielo; del mismo modo el eje bien-mal se establece de manera vertical (Brioso 2001: 31-32; Cacho Blecua 2001: 106). Los protagonistas de tantas historias, convertidos en héroes, se adentran, por voluntad propia o en el intento de realizar alguna promesa o de alcanzar algún objetivo, al interior de la tierra, lugar desconocido y, por tanto, misterioso; inhabitable para el hombre, por lo que, en él, todo lo que se escapa a la razón humana es posible. Allí habitarán magos, sabios o personajes que no poseen ningún poder pero han sido encantados. Ese inframundo será también escenario de paisajes idílicos, representaciones del «locus amoenus», edificios adornados con estatuas, pinturas, jardines... que muestran la ambigüedad propia de este inframundo en el que lo edénico y lo infernal a veces se confunden.

El viaje al interior de la tierra, ya se trate en forma de cueva, de palacio o de cualquier otro tipo de edificación, suele estar descrito de una manera muy similar, con una serie de componentes que se hacen imprescindibles para su existencia y que lo convierten, de este modo, en un motivo literario de exitoso funcionamiento. El acceso al más allá siempre se produce hacia abajo, y en compañía de un guía, psicopompo, «el que conduce a las almas», si escuchamos al griego, cuyas características físicas o morales le hacen distanciarse del héroe que va a protagonizar las aventuras, por ser más anciano, por tener algún defecto físico... La existencia de un lago, río o arroyo es también un tópico, en este caso reminiscencia de la laguna Estigia, que el héroe o los héroes tienen que sortear para ir en busca de esa aventura única y exclusivamente a ellos reservada.

En el extenso episodio inserto en *El premio de la constancia* se dan estos elementos dispuestos de una manera singular. El guía es un moro, emisario del personaje encantado, y en ese descenso no sólo acompaña al héroe y le dirige hacia el encuentro con hechos inesperados, sino que también lo arroja hacia un mundo, submundo en este caso, morisco, plagado de elementos mágicos, tradiciones y reminiscencias de un

pasado real, la pérdida de España por parte de los árabes durante la Reconquista. Pues, según se nos dice, Zelimo se refugió en aquella mina, destinada a la extracción de agua, tras la pérdida de España y poco después de que su hijo le traicionara, alzándose con su reino y arrebatándole a su esposa.

Arsindo, personaje no adscrito a ningún mundo literario, constituye el puente de unión entre lo pastoril y este mundo mágico-morisco. El destino le conduce hacia esta aventura. Y él mismo es consciente de que al descender por aquellos pasillos se está inscribiendo en una tradición antiquísima, pues afirma: «Parecióme con la consideración que iba baxando por donde Orfeo por su mujer Euridize».

La concreción en el número de escalones (366 en total) que conducen hacia la morada de Zelimo contribuye también a conformar esa atmósfera maravillosa que va a presidir todo este episodio, además de reforzar la idea de la profundidad a la que descienden. Esa cifra compuesta por múltiplos de tres aporta una singular armonía al conjunto, aunque tras ellos se esconda una simbología hoy difícil de descifrar.

La selección del héroe no deja de constituir también un motivo de gran interés. El encantamiento sólo se podrá deshacer por medio de la intervención de «un mancebo altivo de pensamientos, fuerte contra sus enemigos, desdichado por extremo en las cosas de amor, y aun en las demás, perseguido de envidias», rasgos todos ellos que reúne Arsindo, pero, por si esta prueba fuera poco, el morabito emplea un método más para cerciorarse de que él es el elegido:

Llamó un criado y mandó traer un gallo que para aquel propósito tenía, y mandó poner sobre un bufete grande, donde alrededor d'él estaban todas las letras del A.B.C. en arábigo y en cada letra un grano de trigo, de modo que hubiese tantos granos como letras, y puesto en medio el gallo, mandó salir a los criados, dexando solo el gallo un breve espacio, al fin del cual fue a ver los granos que avía comido, y de qué letras, y hallé que avía comido siete granos de trigo de siete letras que contenían un nombre, las cuales juntas vieron que dezía Arsindo

Lo que aquí se describe enlaza directamente con lo que se conoce como alectromancia: antigua arte adivinatoria, que tuvo su origen en la Grecia clásica y luego pasó a Roma, consistente en la adivinación por medio del canto del gallo, y también a través de este sistema descrito en *El premio de la constancia*, que desembocó en lo que hoy se conoce como la ouija (tablero alfabético usado en espiritismo).

Su elección como héroe predestinado a emprender esta aventura viene avalado también por su capacidad de acceder a la morada de Zelimo en más de una ocasión - cuatro en concreto-, en lo que se entiende como una prueba iniciática que cambia por completo al elegido; si éste no lo fuera, no podría volver de aquel reino subterráneo.

El descenso, en este caso, está acompañado de visiones fantasmagóricas que sustentan la atmósfera mágica de todo el relato y que comulgan perfectamente con el

resto de los elementos y personajes que lo conforman. Arsindo ha de esperar a que las hierbas que procurarán el desencantamiento del rey Zelimo hayan crecido lo suficiente, pero en ese intervalo se dedica a otras actividades (amorosas) que lo distraen de su objetivo, por lo que el morabito mágico favorece la aparición de una perra grandísima con 556 perrillos a sus lados que le hace recapacitar.

Moros, encantamientos y cuevas



La figura del moro es muy recurrente en la literatura, y no sólo en los romances fronterizos y moriscos, en la comedias de moros y cristianos o en la novela morisca (Carrasco Urgoiti 1989). El moro ofrecía bastantes posibilidades literaras como símbolo de una vida diferente, exótica y lejana, y, además, durante todo el Siglo de Oro sufrió un proceso de idealización, motivado por una naurofilia creciente:

Pero al ser despedida por la Historia, al verse por lo tanto privada de ubicación espacial y temporal, dicha figura se proyectó en la esfera del mito, en la que cobró una nueva vida e inéditas dimensiones simbólicas. Sufrió en efecto una doble trasmutación.

Vino a ser, por una parte, el eje de toda una *literatura morófila* -romanceril, teatral y novelesca- que le confirió una fama internacional y duradera.

Por otra parte alimentó, en su variante fantasmal, el inagotable folklore de los *Moros Encantados* que, vinculados o no a tesoros enterrados, no han cesado de pulular en las tradiciones orales de España y Portugal (Delpech 2001: 565).

Existen abundantes leyendas de moros encantados en la tradición oral de muchas regiones y zonas de España, sobre todo, en Galicia, en el Alto Aragón, en El Bierzo y también en Andalucía, especialmente en Granada (Castan 1981; Pedrosa et alii 2001; Delpech 2001). La mayoría de ellas se vinculan a historias de tesoros escondidos. Pero también en la tradición escrita -en muchos casos alimentada de la tradición oral- abundan personajes similares. El primer ejemplo que nos viene a la mente son los conocidos *Cuentos de la Alhambra*, que el norteamericano Washington Irving escribió en el siglo XIX como resultado de su experiencia en España. Además de ésta, existen otras narraciones supuestamente históricas que hablan de cuevas y moros. Es el caso de *La verdadera historia del rey Don Rodrigo* (Luna 1603), del médico morisco Miguel de Luna, quien, junto con Alonso de Castillo -también médico morisco- fue uno de los principales defensores de la teoría que otorgaba credibilidad a los plomos del Sacromonte Gómez de Liaño 1975; Caro Baraja 1991), aquellos textos aparecidos en Granada en el siglo XVI dando noticia de ciertos santos. Algunos incluso piensan que Miguel de Luna pudo haber sido su autor. Pues bien, en el capítulo VI cuenta cómo D.

Rodrigo, al verse sin dinero, decide abrir la torre encantada de Toledo, en la que encuentra una cueva, en cuyo interior aparecen signos de mal augurio.

Zelimo, el moro encantado de *El premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja*, es un personaje que bien podría pertenecer a una leyenda o haber salido de un romance morisco, pues tras la pérdida de España se refugia en Munda. Allí crea su reino, pero es traicionado por su hijo Zale, que se casa con su esposa Celinda y le arrebató todo lo que tiene.

Existe una teoría según la cual el moro permanece confinado en las profundidades de la tierra tras la expulsión, pero no ha desaparecido, sino que, encantado junto con sus tesoros, espera el momento de resurgir:

Al mantener el fantasma, insuficientemente y mal exorcizado, de los vencidos un grado de «presencia» en la memoria colectiva tan entrañable y esencial como para que no se borre el trauma de su física eliminación, sigue siendo perceptible una compenetración anímica de vivos y muertos, de propios y extraños, como si siempre estuviera para volver a la superficie el moro escondido en las honduras

(Delpech 2001)

En la consideración de lo mágico-morisco dentro de la novela de Jacinto de Espinel hay que contar con el hecho de que toda la obra y, más en concreto este episodio del que hablamos, transcurre en una zona de Andalucía donde no sólo proliferaron leyendas relacionadas con los moros, sino que además tuvieron un protagonismo especial durante la Reconquista. Arsindo nace en Manilva, viaja a Munda, Gibraltar, Ceuta y Gaucín (Málaga). La obra transcurre en Sierra Bermeja, donde los cristianos sufrieron varios desastres, cuyo eco ha quedado materializado incluso en forma de coplas⁷.

El más allá en los libros de pastores

△▽

De todas estas tradiciones, la más cercana a los libros de pastores es, sin duda, la de los libros de caballerías, en la que esas cuevas pueden funcionar como morada, prisión, refugio o como aventura iniciática (Cacho Blecua 2001). En este sentido *El premio de la constada* se revela como un ejemplo único dentro de su género, pues en ninguna otra novela pastoril aparecen moros encantados. Lo que sí es común con éste es el viaje (la experiencia del más allá) y la aparición de personajes «sobrenaturales» -en un sentido profano- que contribuyen a calmar las inquietudes amorosas de los pastores con sus pronósticos y que habitan en palacios suntuosos o en grutas construidas bajo tierra (Lida de Malkiel 1983).

En la prosa XI de la *Arcadia*, de Sannazaro, una ninfa conduce a Sincero hasta las profundidades del río, en las que encuentra toda una ciudad.

Ya en la tradición española, Juan Arce Solórceno nos ofrece en sus *Tragedias de amor* (Madrid, 1607) la descripción de unas fiestas celebradas junto al río, interrumpidas por la inesperada aparición del padre Sil acompañado por un cortejo de ninfas. El río engulle la barca en la que se encuentran algunos de los pastores y la conduce hasta una gruta que él mismo ha convertido en un lujoso palacio, y que ahora les sirve de marco en el que tratar del amor. El padre Sil promete remedio a sus penas.

Situación similar presenta Lope de Vega en *La Arcadia* (1598). Dardanio, hombre rústico, mago y médico, conduce a Anfriso a su cueva con la intención de consolarle. Tras escuchar su historia le concede lo que más desea: ver a Belisarda. Por medio de un conjuro, un viento los transporta hasta ella, metamorfoseados en jumentillo y anciano para poder escucharla sin ser reconocidos. Al verla hablar con Olimpo, se encoleriza, y el viento, entonces, le devuelve al lugar en el que estaba.

En el *Siglo de oro en las selvas de Erifile*, (Madrid, 1608), de Bernardo de Valbuena, un personaje que duerme en el interior de una cueva que acaba de descubrir, vislumbra entre sueños a una ninfa que surge de una fuente y lo conduce por las profundidades de la tierra hasta la presencia del dios Proteo.

En todos estos libros de pastores, la presencia de estas cuevas y demás edificaciones no son sino trasunto del palacio de la sabia Felicia en *La Diana*, de Montemayor. Su aparición en el mundo pastoril venía justificada por la necesidad de otorgar un desenlace a algunas de las intrincadas tramas amorosas.

En los libros de pastores se pueden encontrar magos, sabios, dioses o personificaciones de ciertos ríos que habitan no sólo en palacios, sino también en cuevas, siempre de difícil acceso: sumergidas bajo el agua, construidas bajo tierra o erigidas en lo alto de un cerro, para remarcar la separación ya existente entre el mundo real de los pastores y el sobrenatural de estos personajes. Por eso no extrañará encontrar nubes, vientos e incluso caballos alados que transportan a los pastores de un mundo a otro. Lo que no es habitual es la combinación de ese motivo de la cueva con el del moro encantado y además en una forma diferente, puesto que el episodio de *El premio de la constancia* no está protagonizado por un pastor y ni siquiera va en busca de una solución a su problemática amorosa, sino que será él quien pueda ofrecer ayuda a otro personaje. Sin lugar a dudas, por tanto, este episodio no se inscribe en la tradición pastoril, sino que se alimenta de muchas otras tradiciones.

Conclusiones



Lo particular es la inserción de este episodio en un libro de pastores, conviviendo con los elementos típicos de éstos. Hay que advertir que sucede en una novela aparecida en 1620, cuando ya el género había vivido sus mejores momentos y seguramente el

público reclamaba novedades. A este respecto, es significativo el tremendo interés que los propios pastores, -espectadores como nosotros- manifiestan por la historia de Arsindo. ¿Qué pensaban y qué demandaban los lectores de los libros de pastores en este primer cuarto del siglo XVII? Difícil averiguarlo. Sólo los libros posteriores a éste que se nos han conservado nos ayudan a reconstruir -tal vez a falsear- el horizonte de expectativas de los lectores contemporáneos y el panorama literario, en general, de esta temática. Arsindo conduce a los pastores y, en última instancia, a nosotros hacia a un mundo mágico, insólito hasta ahora en la arcadia pastoril. Esto no puede sino responder a un cambio sustancial y relevante en el gusto de los lectores; y anunciar, al mismo tiempo, que, por entonces, la temática pastoril comenzaba a agotarse y requería nuevos espacios de ficción.

Este relato inserto en *El premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja* tiene todas las trazas de un cuento. Su autor, el sobrino del famoso Vicente Espinel, debió de sentir una gran atracción por las leyendas, cuentos y creencias populares; de ahí la recurrencia a ese cúmulo de elementos ya analizados.

Arsindo se reviste de héroe en un mundo en el que éstos no tienen lugar. Los pastores no realizan más proeza que la de amar incluso cuando no son amados, la de permanecer fieles a pesar de no ser correspondidos. De ahí que la incorporación de este episodio en la novela pastoril *El premio de la constancia* resulte tan significativa. Arsindo no pertenece ni al orbe pastoril, ni al caballeresco, ni mucho menos al morisco. Por los datos que se dan en la obra, más se asemeja a un personaje propio de las novelas cortas, vinculadas a ámbitos urbanos. Lo que parece dar la clave de su elección como héroe es su situación de inadaptado en el mundo en que le ha tocado vivir (no quiere guardar ganado, oficio para el que le han destinado sus padres); se entrega de lleno a «esta aventura» que le sucede en La Mina, y que le concede un verdadero sentido a su vida. Se convierte, él sí, en un héroe donador, que no duda en realizar esta empresa para la que ha sido llamado. Por ello, le será posible acceder a la cueva (descender a ese inframundo) en varias ocasiones. Y, en recompensa, recibirá algunos tesoros que celosamente guardaba el rey Zelimo en sus profundidades.

El mundo mágico-morisco descrito en esta obra jamás se mezcla con lo pastoril, sino que convive al lado de éste, sin que lleguen a cruzarse, salvo por las palabras, por el relato de los hechos. Esto mismo es lo que propicia que *El premio de la constancia* siga siendo un libro de pastores, aunque muy especial.

Referencias bibliográficas

△

- Avalor-Arce, Juan Bautista (1974): *La novela pastoril española*. Madrid: Istmo.
- Brioso Sánchez, Máximo (2001): «El concepto del Más Allá entre los griegos». *Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*. Sevilla: Universidad, pp. 13-53.
- Cacho Blecua, Juan Manuel (2001): «La cueva en los libros de caballerías: la experiencia de los límites». *Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*. Ed. Pedro Pinero Ramírez. Sevilla: Universidad, pp. 99-127.

- Caro Batoja, Julio (1991): *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España)*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Carrasco Urgoiti, María Soledad (1989 [1956]): *El moro de Granada en la literatura (del siglo XV al XIX)*. Granada: Universidad.
- Castan, Adolfo (1981): «Leyendas de moros en el Alto Aragón». *I Congreso de Aragón de etnología y antropología*. Zaragoza: Diputación, pp. 149-159.
- Castillo Martínez, Cristina (2001): «"Cuevas subterráneas", "maletas abandonas" y otros paralelismos entre *El Quijote* y algunas novelas pastoriles del siglo XVII», *Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas. Lepanto 1/8 octubre de 2000*. Palma de Mallorca: Universitat de les Illes Balears, vol. I, pp. 471-448.
- Delpesch, Francois (2000): «Un mito andaluz: el reino oculto de Boabdil y los moros encantados», *Las tomas: antropología histórica de la ocupación territorial del reino de Granada*. José Antonio González Alcantud y Manuel Barrios Aguilera (eds.). Granada: Diputación Provincial, pp. 565-616.
- Eliade, Mircea (2001 [1960]): *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*. Madrid: FCE.
- Frenk, Margit (2003): *Nuevo Corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV-XVII)*. México: UNAM-El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica.
- Gallardo, Bartolomé José (1968 [1863-1889]): *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*. Madrid: Gredos.
- García de Enterría, María Cruz (1999): «La expulsión de los moriscos (1611): manipulación de la opinión popular a través de la relectura/reescritura de unos romances antiguos». *Mélanges María Soledad Carrasco Urgoiti*. Zaghuan: Fondation Temimi pour la Recherche Scientifique et l'Information, pp. 135-153.
- Gómez de Liaño, Ignacio (1975): *Los juegos del Sacromonte*. Madrid: Editora Nacional.
- Jacinto de Espinel Adorno (1620): *El premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja*. Madrid.
- Lida de Malkiel, María Rosa (1983): «La visión del trasmundo en las literaturas hispánicas», apéndice de la obra de Howard Pach: *El otro mundo en la literatura medieval*. Madrid: FCE, pp. 371-449.
- López Estrada, Francisco, Javier Huerta Calvo y Víctor Infantes de Miguel (1984): *Bibliografía de los libros de pastores en la literatura española*. Madrid: Universidad Complutense.
- López Estrada, Francisco, M.^a Soledad Carrasco Urgoiti y Félix Carrasco (2001): *La novela española en el siglo XVI*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- *Olivante de Laura*, de Antonio de Torquemada. Guía de lectura caballerescas, por Jesús Duce García, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002.
- Pedrosa, José Manuel et alii (2001): *Héroes, santos, moros y brujas. Leyendas épicas, históricas y mágicas de la tradición oral de Burgos*. Burgos: Tentenublo.
- Torquemada, Antonio de (1997): *Obras completas. II. Don Olivante de Laura*. Ed. Isabel Muguruza. Madrid: Fundación José Antonio de Castro.
- Wentzlaff-Eggebert (2001): «Habitáculos, grutas y cuevas en los poemas épicos renacentistas». *Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*. Sevilla: Universidad, pp. 129-154.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

